



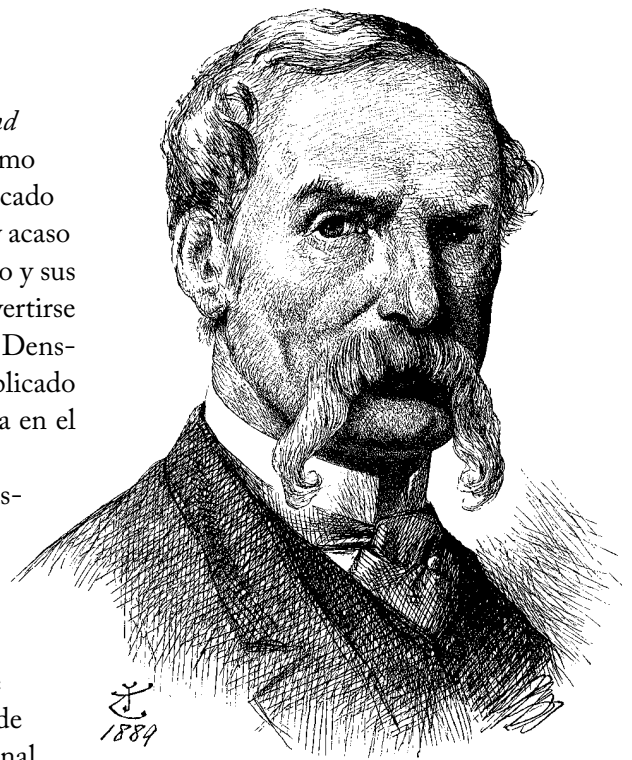
Seducir lectores

Acercas de las ilustraciones de John Tenniel

Bernardo Fernández Bef

NO HAY LECTOR EN EL MUNDO que nunca se haya topado con las ilustraciones que John Tenniel realizó para *Alice's Adventures in Wonderland* (1865) y *Through the Looking-Glass and What Alice Found There* (1872), binomio conocido en castellano de manera genérica como *Alicia en el país de las maravillas*. A siglo y medio de haberse publicado el primero de los dos libros, son quizá el ejemplo más perdurable, y acaso uno de los más refinados, de cómo la íntima relación entre un texto y sus ilustraciones pueden redondear el contenido de un libro para convertirse en una unidad indisoluble. Quizá sólo las ilustraciones de W.W. Denslow para *The Wonderful Wizard of Oz*, de L. Frank Baum, libro publicado 35 años después que el primero de Alicia, tengan la misma fuerza en el imaginario colectivo.

No creo que sea una coincidencia el hecho de que ambos ilustradores hayan sido también caricaturistas de prensa. John Tenniel (1820-1912) fue durante casi cuarenta años el humorista estrella de la revista inglesa *Punch*, publicación satírica que se editó en Inglaterra de manera ininterrumpida desde 1841 hasta 1992. Esta vinculación con el humor gráfico es lo que probablemente explique la inquietante belleza de las imágenes de Alicia y los habitantes de Wonderland, y aquí me permito hacer un poco de memoria personal.



Autorretrato de John Tenniel





Alicia y la Oruga, ilustración de John Tenniel para *Alicia*; en la página anterior: el Jabberwocky, ilustración de John Tenniel para *A través del espejo*

Era yo muy chico la primera vez que tuve contacto con las imágenes de Tenniel; aún no sabía leer mientras hojeaba un ejemplar de la revista *Los agachados*, de Rius, quien constantemente echaba mano del collage para ilustrar sus páginas. Como buen niño de casa *progre*, los libros del Eduardo del Río formaron parte de mi educación básica.

La imagen en cuestión se trataba del Jabberwocky, aquel de las mandíbulas que muerden y las garras que atrapan. Rius la había utilizado para ejemplificar algo de la guerra de Vietnam o una cosa parecida. La imagen se quedó grabada a fuego en mis retinas.

Pocos años más tarde cayó en mis manos la edición de Porrúa, en la colección “Sepan cuantos...”, de las dos novelas, mientras husmeaba en la biblioteca de mi tío Alfredo, en Querétaro. Desde luego, conocía la versión animada de Disney, pero aquellos grabados estallaron en mi mente infantil como un petardo. No podía dejar

de mirar las imágenes, y sin embargo me producían una gran inquietud, cierta angustia inexplicable a mis escasos ocho años.

Treinta años después tengo una explicación.

Tenniel era un grabador consumado que utilizaba la técnica de la xilografía o grabado en madera para sus imágenes. Provenía de la ya entonces añeja tradición de la caricatura europea. El rasgo característico de sus imágenes es la exageración grotesca de los personajes, herramienta muy útil a la hora de parodiar a políticos corruptos, por ejemplo.

Sin embargo, para la propia Alicia, Tenniel utiliza trazos delicados, de gran suavidad, y la dibuja con ojos grandes. Esto, que puede parecer nimio, es un recurso muy socorrido por caricaturistas a la hora de querer provocar simpatía en el observador.

La explicación la descubrí mucho tiempo después leyendo a Stephen Jay Gould: los cachorros de prácticamente todas las especies de mamíferos tienen los ojos proporcionalmente mucho más grandes que los de los adultos. Ello produce una sensación de ternura que protege a las crías de los depredadores, quienes no pueden evitar, aunque sea por un momento, ver a sus propios cachorros en los de otros animales.

El mismo mecanismo, con una pequeña variación, produce el efecto contrario: las cabezas grandes con los ojos pequeños producen desagrado por estar

vinculados a la deformidad, como el caso del sombrerero loco o la reina de corazones.

Tenniel utiliza ambos recursos simultáneamente, golpea al ojo con algunos de sus personajes mientras que con otros lo acaricia. El resultado, al menos es mi teoría, produce esta sensación de agradable desasosiego que enfrenta todo el que observa sus ilustraciones para Lewis Carroll.

Alrededor de la dupla Carroll-Tenniel se pueden hacer notar varios hechos curiosos. El primero de ellos es que el propio Lewis Carroll intentó ilustrar su libro, sólo para quedar insatisfecho con sus dibujos, que carecían de la fuerza necesaria. La edición de Penguin Classics incluye *Alice's Adventures Under Ground*, primer borrador de la novela que Carroll escribió e ilustró para regalar a su amiga Alice Liddell, en la que basó al personaje. Al ver el éxito que tuvo entre la propia Alice y sus amiguitos, el autor decidió expandirla para convertirla en un libro completo.

En *Alice's Adventures Under Ground* puede apreciarse que Carroll era un buen dibujante pero distaba mucho de ser un ilustrador profesional. Es por ello que buscó a Tenniel mediante su amigo Tom Taylor, dramaturgo popular y colaborador de *Punch*. La relación entre Carroll y Tenniel no fue nada sencilla. El ilustrador tardó mucho tiempo en completar el proyecto, poco más de dos años desde 1863 hasta 1865. Ambos eran conocidos por ser obsesivos de la perfección, lo que seguramente produjo no pocos roces. Como es sabido, Carroll sostuvo con Alice Liddell una amistad no exenta de maliciosas sospechas por parte de sus biógrafos; sin embargo, Tenniel no basó sus dibujos en ella.

Después de salida la primera edición, Tenniel no quedó contento con la calidad de impresión de las imágenes y pagó él mismo una reimpresión (la primera se vendió en Estados Unidos). El libro se convirtió en un *best-seller* instantáneo.



Ilustración de John Tenniel para *Alice*

Tal fue el éxito, que pronto Carroll se animó a escribir una secuela y, después de hacer pruebas fallidas con otros dos ilustradores (Richard Doyle y Noel Paton), volvió a pedirle a Tenniel que ilustrara *Through the Looking-Glass and What Alice Found There*.

Tenniel no estaba muy convencido de entrarle al proyecto, de manera que condicionó su participación a hacerlo a su propio ritmo; tardó otros tres largos años en completar los cerca de cincuenta grabados, tras lo cual se negó a volver a colaborar con Lewis Carroll en sus siguientes empresas. Se dice que cuando Harry Furniss, otro caricaturista de *Punch*, aceptó ilustrar *Silvie and Bruno*, Tenniel le advirtió: “Lewis Carroll es imposible”.

Lo anterior no deja de ser una pena. Sin demeritar el trabajo de Furniss, éste carece de la fuerza y el humor desparpajado de los grabados de Tenniel. Se antojaba que la dupla extendiera sus colaboraciones durante décadas, como sucede con varios autores de literatura infantil y sus ilustradores (de golpe me viene a la cabeza el dúo formado por Roald Dahl y Quentin Blake, por dar un ejemplo contemporáneo, o el caso de Francisco Hinojosa y Rafael Barajas *El Fisgón*, un caso más cercano a nuestro ámbito).

Desde entonces, las aventuras de Alicia han sido ilustradas por decenas de talentosos grafistas que incluyen a Arthur Rackham, Salvador Dalí, Ralph Steadman y mi favorito después de Tenniel, Peter Kuper, en una reciente edición de Sexto Piso (que curiosamente se publicó antes en México que en Estados Unidos). Imposible soslayar la adaptación cinematográfica de Walt Disney, fuertemente inspirada en las imágenes de Tenniel.

Sin embargo, los grabados en madera de la edición original habrán de acompañar al texto de Lewis Carroll para siempre, y sinceramente espero que en el año 2112, cualquiera que sea el soporte de los libros para aquel entonces, haya nuevos lectores de ocho años a los que los atrape una vez más el Jabberwocky y todo el elenco completo dibujado por Tenniel hace ya tanto tiempo.

Después de todo, ese seducir lectores es el oficio del ilustrador. **▲▲**

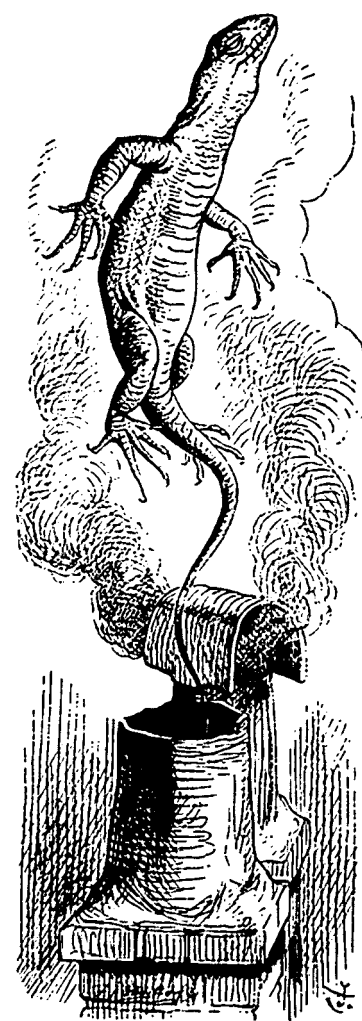


Ilustración de John Tenniel para *Alicia*